NI MUERTO HAS PERDIDO TU NOMBRE

LUIS GUSMÁN

NI MUERTO HAS PERDIDO TU NOMBRE

Gusmán, Luis
Ni muerto has perdido tu nombre / Luis Gusmán. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2026.
144 p. ; 22.5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-805-7

1. Literatura Argentina. 2. Dictadura Militar. I. Título.
CDD A860

Diseño de la cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición: marzo de 2026

© Luis Gusmán, 2002, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-805-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Esta edición de 800 ejemplares de *Ni muerto has perdido tu nombre* de Luis Gusmán se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., CABA, en febrero de 2026.

A Jacinto Armando y María Inés Cuba

Nada de lengua; todo ojos; guarda silencio.
William Shakespeare

I

Varelita repasó mentalmente a quién podía llamar esa noche. Un nombre acudió de inmediato a su cabeza.

No tomaba muchas precauciones respecto del lugar desde donde hacía las llamadas. En el mejor de los casos utilizaba un teléfono público o iba a un locutorio. Deformaba un poco la voz y comenzaba a hablar.

Varelita elegía metódicamente a quién llamar. Su memoria era un fichero de cosas oscuras. Buscaba a las personas marcadas y que él sabía que, a pesar de los años transcurridos, no lo denunciarían. En todo caso, no concurrían a la cita que les daba. Todavía en los últimos tiempos había podido hacer algún que otro negocio.

A Varelita le gustaba actuar solo, aunque había tenido un socio inseparable llamado Varela. Prefería actuar siempre según su propio *modus operandi,* y lo decía así, con ese anacronismo.

Varelita tenía su propio archivo, que conservaba desde aquellos tiempos en que por dinero era capaz de todo. Sin embargo, su *modus operandi* siempre le impidió que se enriqueciera. Varelita sólo servía para los

pequeños negocios, que casi siempre rondaban lo miserable.

Con el tiempo comprendió que debía pasar rápidamente del tono actoral a utilizar su propia voz. Cuando su interlocutor lo reconocía, él calculaba, por el terror que infundía su voz, hasta dónde podía llegar. Le producía cierta satisfacción comprobar que la mayoría de las veces no se equivocaba.

Esta vez, Varelita llamaba a una mujer de nombre Ana Botero.

Esa noche Varelita vestía pantalón negro, camisa blanca y corbata oscura. Llevaba puestos anteojos de sol. A primera vista parecía un policía de civil o un remisero. Dentro de la cabina telefónica se lustró los mocasines contra el pantalón. Siempre hacía lo mismo. Primero los escupía y después fregaba. Pensaba que la saliva les daba brillo. Una costumbre de años.

Escuchó un trueno y tuvo la sensación de que los vidrios de la cabina iban a estallar. Levantó el tubo del teléfono y, más que hacer una llamada, prácticamente se aferró a él. Los relámpagos comenzaron a iluminar el cubículo. No le daba miedo el encierro sino la tormenta. Miró hacia el cielo tratando de calcular cuánto duraría, pero los relámpagos le hicieron cerrar los ojos.

"Nunca me gustó trabajar en la calle, en cualquier momento puede desatarse una tormenta", se dijo como si hablara por teléfono. "Hice muchas cosas, pero nunca dejé a nadie en medio de una tormenta. Lo podría jurar por Dios." Y después de que juró cruzó los dedos como si efectivamente necesitara que alguien le creyera.

Volvió a marcar el número de teléfono y le respondió el contestador. Le pareció que la voz de la mujer no había cambiado. Verificó el número según el dato que le habían dado y era correcto. Colgó el auricular y exclamó fastidiado: "Ya se larga, y encima esta puta no contesta".

Varelita buscó un refugio. Cuando la tormenta amainó –ni los relámpagos ni la lluvia, sino los truenos– salió corriendo de la cabina y entró en un café que estaba a unos metros.

Aunque no era supersticioso, la coincidencia lo dejó inmóvil. Estaba ante el café al que, durante años, tanto él como su socio se negaron a entrar. Se detuvo ante el cartel y leyó: *Varela Varelita*.

Le hubiese gustado que, aunque solamente fuese para tomar un vermut y conversar un poco, estuviese Varela.

El café no tenía nada de particular. Un pequeño ciervo de plástico le recordó el chiste que le hacían a su socio cada vez que entraban a algún restaurante donde había una cabeza de ciervo. Se miraban entre todos y alguien hacía un guiño o un gesto sobre la cabeza de Varela, aludiendo a sus cuernos. Al principio, Varela se enojaba, pero con el tiempo, cuando entraban a algún lugar donde había una cornamenta, él mismo se adelantaba y decía graciosamente: "¿Vieron qué bien estoy?". Varelita nunca supo si su socio era realmente un cornudo.

Le resultó cómico estar en un café llamado *Varela Varelita*.

Ya hacía muchos años que, hojeando una revista, se encontró con una foto del famoso conjunto de jazz. Nunca lo había visto actuar. Le impresionó su parecido con Varelita, uno de los músicos de la banda. Después de esta comprobación, el resto vino solo: su socio se llamaría Varela. Y así quedó: *Varela, Varelita*. Hasta se sacaron una foto vestidos como los músicos. De smoking blanco y con moñito.

A partir de ese momento, el nombre comenzó a hacerse conocer en el ambiente en el que se movían. Después, esa misma fama los excedió y empezaron a circular historias de las cuales hasta ellos mismos se reían.

Un nuevo trueno lo hizo estremecer. El trueno y la imagen de un hombre corriendo bajo la lluvia. Por la estatura y el aspecto –su mirada profesional siempre estaba atenta a esas cosas– le recordó a un secuestrado que había tenido en el sur. Todavía no trabajaba con Varela.

Aquel detenido presentaba una resistencia inclaudicable. Lo habían torturado sin lograr quebrarlo. Finalmente, lo mandaron al pozo. Lejos del regimiento. Una decena de calabozos al ras de la tierra con unos corredores a los que sólo se podía llegar agachado. El hombre estaba atado a un camastro.

Una mañana, cuando Varelita entró, se dio cuenta de que el detenido se había arrastrado con cama y todo hasta la canilla.

Por la noche, casi de madrugada, hubo una fuerte tormenta, tal vez por eso Varelita se mostró piadoso y le dijo con aire benevolente:

—Dormís con los ojos abiertos o sos vidente, porque siempre que llego me estás esperando. Nunca te puedo sorprender. Pero ahora sé que anoche fuiste has-

ta la canilla para tomar agua y eso está penado. Salvo que me digas por qué, cada vez que llego, estás con los ojos abiertos.

El detenido dudaba. Nunca había querido franquear el umbral que lo separaba de ese individuo al cual temía y del que ni siquiera conocía su nombre. La pregunta lo colocaba en una encrucijada. Sabía que era una trampa. Que unas veces convenía contestar y otras no. Pero las dos respuestas siempre llegaban después. Esta vez, llevado por el alarde y no pudiendo controlar cierto tono burlón, le respondió:

—Por el motor del coche. Es un Citroën... Lo conozco por el ruido del motor. Usted es el único de todo el regimiento que llega en Citroën —le contestó ya sin poder ocultar el placer que le daba lo acertado de la respuesta. Varelita esbozó una sonrisa tratando de disimular su fastidio. Recurriendo a un truco que había usado otras veces le respondió que, bajo los efectos de una pastilla, le había cantado todo lo necesario como para liquidarlo.

Recordando la anécdota que le permitió distraerse mientras pasaba la tormenta, esbozó una sonrisa parecida a la de aquella vez. Entonces se preguntó: "¿Qué será de la vida de Varela?".

Federico Santoro tenía 21 años recién cumplidos. Sus padres habían desaparecido cuando tenía unos meses, por lo cual vivió sin ellos la mayor parte de su vida. No obstante, no había hecho de esto una militancia o una causa. Tampoco una reivindicación propia de la edad.

Fue preguntando a medida que pudo y quiso saber. Entre los 8 y los 10 comenzó a entender de qué se trataba.

Durante todos esos años, creyó percibir que sus abuelos paternos ocultaban un velado resentimiento hacia su nuera, porque indirectamente la acusaban de haber influenciado políticamente en la vida de su hijo. De lo cual deducían que si no la hubiese conocido quizás estaría vivo.

Federico se fue enterando de distintas versiones. Primero, que sus padres habían desaparecido. Después, que estuvo con ellos hasta unos días antes de su desaparición. Dato que creaba una incomodidad en su familia por la falta de responsabilidad de sus progenitores, pero que a él le producía un sentimiento de gratitud.